

## ANTES QUE GUIARLO, DEJARSE GUIAR POR ÉL

En estos días celebramos Pentecostés. Como todos los años, es el momento en que la mayoría de los cristianos recordamos al Espíritu Santo. Cada vez que hacemos la Señal de la Cruz confesamos nuestra fe en un Dios Familia, un Dios Comuni3n: Padre, Hijo y Esp3ritu Santo. Pero lo hacemos de manera tan mecánica como cuando repetimos “Padre Nuestro” (¡cuánto significado encierra esta expresi3n!) o caracterizamos a María como la “llena de Gracia”.



Al Esp3ritu Santo lo recordamos poco y, sin embargo, es el Dios operante que guía, ilumina, asiste, sana y consuela a los hombres y mujeres de este tiempo. Creemos que habló por los Profetas y que anima al Pueblo de Dios. Acompaña, reconforta, confirma y conduce delicadamente a la Iglesia peregrinante.

Esta delicadeza amorosa de Dios, respetuosa de nuestra libertad y de nuestras opciones, suele confundirse con “desentendimiento” (¿d3nde está Dios cuando sufrimos el mal?) o virtual “disoluci3n” en el universo, como bien nos ilustra la imagen del “Dios spray” utilizada hace poco por el Papa. Para el agn3stico o el creyente new age cualquiera de estas dos respuestas (desentendimiento y/o vaporizaci3n) son comprensibles. A los creyentes no debe ni sorprendernos ni escandalizarnos, porque sabemos que el Esp3ritu Santo vive y conduce el coraz3n de cada persona hacia el bien.

Los cristianos solemos tener otro problema con el Esp3ritu Santo. Su presencia y su acci3n desconciertan a nuestro entendimiento, a nuestros paradigmas de análisis, a lo políticamente correcto. Probablemente al no entenderlo nos olvidamos de su presencia y de su acci3n: el horizonte de la Historia se ciñe, de esta manera, exclusivamente a la acci3n humana. Es triste ver a tantos cristianos que conciben el devenir del mundo de esta forma.

Sin embargo hay un comportamiento aún más serio. Es el de aquellos creyentes que pretenden guiar al Esp3ritu Santo. Sustentados en su formaci3n ética, moral o teológica, parece que quisieran dictar al Esp3ritu Santo el gui3n de la Historia, o al menos, el de la Iglesia. Sus valiosos conocimientos y aportes filosóficos, sociológicos o teológicos se convierten en criterios de verdad que el propio Dios debería reconocer. Sus miradas se convierten en autorreferenciales, sus opiniones son las más importantes y válidas, por encima del Magisterio o del Evangelio, según el caso.

Estos cristianos hoy quieren dictarle la agenda al papa Francisco: qué tiene que decir, cuándo hacerlo, a quienes reivindicar y a quienes alejar, qué estructuras desmontar, cómo expresarse de ciertos temas, qué sostener a rajatabla, qué doctrinas deben permanecer inmutables... Amenazan

solapadamente con el anatema, como si estuviéramos en tiempo de Sodoma y Gomorra: si no lo hace así, llegará la desilusión, la decepción, el invierno eclesial... o bien el debilitamiento de la ortodoxia, la traición al Magisterio, el cisma.

Querer guiar al Espíritu Santo es tentar a Dios, algo que no corresponde ni nos beneficia. Un sabio y conocido refrán afirma que “Dios escribe derecho en renglones torcidos”. Es una expresión gráfica que nos ayuda a reconocer el límite de nuestro entendimiento, en especial frente al misterio de Dios y su acción en la Historia. Creo que lo mejor que podemos hacer, de manera personal y comunitaria, es dejarnos guiar por el Espíritu Santo, colocar nuestras vidas bajo su guía y orientación fundamental. Sin beatería ni parálisis –como si esperásemos una revelación mágica- sino creciendo en oración personal, discernimiento comunitario, libertad para debatir y humildad para actuar. Confiemos más en la rectitud de la escritura del Espíritu Santo en nuestros corazones y comunidades que en los guiones personales, que con frecuencia se tuercen. Como bien nos sugiere Francisco: ***“Pidamos la gracia de acostumbrarnos a la presencia de este compañero de camino, el Espíritu Santo, de este testigo de Jesús que nos dice dónde está Jesús, cómo encontrar a Jesús, qué cosa nos dice Jesús. Tenerle una cierta familiaridad: es un amigo. Jesús lo ha dicho: ‘No, no te dejo solo, te dejo a Éste. Jesús nos lo deja como amigo. Antes que termine la jornada tengamos la costumbre de preguntarnos: ¿‘Qué cosa ha obrado el Espíritu Santo en mí, hoy? ¿Qué testimonio me ha dado? ¿Cómo me ha hablado? ¿Qué cosa me ha sugerido?’. Porque es una presencia divina que nos ayuda a ir adelante en nuestra vida de cristianos”.***

Gustavo Magdalena  
Buenos Aires, mayo de 2013